

Universalidad y humanismo en la acción y el pensamiento del Libertador

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA VARGAS

Bolívar es una figura de dimensión universal. Seis naciones libres, nacidas al triple golpe de su espada, de su voluntad y de su genio, lo proclaman Libertador y Padre. Todo un Continente lo reclama como artífice de su entidad sociológica y de él derivan las calidades y esencias que confieren a un conglomerado social el sublime carácter de patria común. Escritores de la talla de José Martí y José Enrique Rodó, no obstante ser antípodas geográficos, coinciden en exaltar la grandeza de este americano sin par y un pensador, de la alcurnia de Miguel de Unamuno, lo señala como un vástago egregio de la estirpe hispana y declara categóricamente que "sin Bolívar la humanidad hubiera quedado incompleta". Tan claros testimonios en torno al valor universal de este grande hombre, nos inducen a pensar en el comportamiento humanístico que caracteriza la portentosa obra de pensador y de caudillo realizada por Bolívar.

Creemos no equivocarnos al afirmar que el objetivo principal en la imponderable tarea revolucionaria que se impuso el Libertador consistió en dignificar la vida humana. Esta la razón para que no se limitara simplemente a libertar, sino que simultáneamente quisiera ordenar, igualar y unir a los pueblos que durante tres siglos habían padecido dominación y tiranía, para que en el pleno ejercicio del derecho de libre autodeterminación pudiera cumplir a cabalidad su función de garantizar la convivencia, asegurar el progreso y lograr su respectiva supervivencia histórica.

Empresa difícil, si se piensa que la experiencia política de los americanos era nula, por cuanto en la sociedad colonial apenas ocuparon el puesto de "simples consumidores", estuvieron en un "grado todavía más abajo de las servidumbre" y privados del ejercicio de "la tiranía activa y dominante".

Bolívar es, pues, el Libertador por antonomasia y parece que este solo y honroso título satisficiera plenamente a su gloria, si bien en ocasión solemne protestó de que al título de Libertador prefería el de buen ciudadano, porque el primero emanaba de la guerra y el segundo de las leyes. De ahí su empeño de aplicar su talento de legislador a estructurar unas instituciones que se acomodaran a la precaria realidad social de la época, sin menoscabo del orden y la libertad; de ahí su lucha contra el privilegio de clase y el empeño de hacer que la igualdad fuera plena realidad entre gentes agobiadas por la ignorancia y a la vez avasalladas por el egoísmo de las burguesías criollas; y de ahí también su idea obsesiva de aglutinar en un solo cuerpo de nación, bajo la forma de Confederación, a los pueblos recién salidos de la servidumbre, que sin unidad empezaban a perder entidad política bajo el dominio creciente de poderes extraños.

Bolívar, como Libertador sin par y auténtico, empleó la fuerza para romper cadenas, no para imponerlas. A diferencia de los grandes conquistadores que le antecedieron no llevó la guerra allende las fronteras para extender el área de dominación, sino para "plantear la libertad donde antes reinaba la tiranía", según reza la última proclama y por ello abominó de César y Napoleón, a quienes consideró "ejemplos indignos de mi gloria".

En el vivac y aún antes de alcanzar la victoria, ya estaba trazando el perfil de las constituciones o extrayendo el poder jurídico y político que iba a trocar en instituciones republicanas. Así pues, del triunfo de Boyacá extrajo el título jurídico que se vertió en los Tratados Internacionales de Armisticio y Regularización de la Guerra, celebrados en Trujillo en 1820. De la victoria de Carabobo obtuvo la fórmula jurídica que se hizo norma fundamental en la Constitución de Cúcuta del año 21. Dos días antes de que Sucre y Córdoba se cubrieran de gloria en Ayacucho ya estaba librando a los Jefes de Estado, de las que antes fueron colonias españolas en América y solo a ellas, el documento de convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, proyectado como la gran alianza en la libertad para enfrentar el despotismo, la agresión externa y garan-

tizar la estabilidad e independencia efectiva de las nuevas Repúblicas .

Cuando llegó la hora de ejercer el poder actuó con prudencia, tacto y desprendimiento. Abominó igualmente de la anarquía, la tiranía y el sistema oligárquico de Gobierno. La República a secas, con democracia popular, sufragio libre y ojalá poder moral, fueron algunas de sus fórmulas constitucionales, ardorosamente defendidas en el insuperable Discurso de Angostura en 1819.

En el ejercicio de la Dictadura, que por cinco veces hubo de asumirla en Venezuela, Perú y la Gran Colombia, actuó como si fuese un magistrado romano, sin incurrir en usurpación y entregando siempre el mando antes de que la contumelia y la calumnia hollaran lo que para él era más sagrado "su reputación y su amor a la libertad".

La abolición total de la esclavitud, medida no acogida por el constituyente de Cúcuta de 1821; la extensión de la enseñanza gratuita y obligatoria a todos los sectores sociales, en lo cual estuvo admirablemente secundado por el Vice-presidente Francisco de Paula Santander, la parcelación del latifundio, la protección del indio, la nacionalización de las minas, son definidos programas de reforma que en vida le granjearon la animadversión de las burguesías criollas y lo redujeron a la calidad de subversor, pero que hoy lo enaltecen ante la historia y en las corrientes del pensamiento moderno, lo convierten en líder de los marginados y en precursor de las reformas sociales.

En el escenario internacional Bolívar se yergue como el gran campeón de la unidad e integración en la libertad, para garantía y defensa de la misma libertad. Entrevió en sus momentos los peligros que amenazaban a las débiles repúblicas, agotadas con la guerra de independencia, subyugadas por la voracidad de los caudillos e hipotecadas al extranjero por empréstito usurarios, y por ello se esmeró en evitar que sus prospectos de unión pudieran ser utilizados por intereses subalternos para extender sobre el Continente un manto de dominación a nombre de la libertad.

Con singular clarividencia consideró que con los Estados Unidos la relación de poder solo debería desenvolverse bajo la forma de pactos multilaterales, si aspirábamos a ser sujetos y no objetos de la historia. Cuando previno que "una vez suscrito el pacto con el

fuerte, se vuelve eterna la obligación del débil", negaba en su base el principio pseudoprotector del Monroísmo y se anticipaba a descalificar el Panamericanismo, como forma de integración para la dependencia. Una vez consumados los atentados contra México y amparada la piratería de Walter en Centro América, la Historia vino a confirmar aquella premonición del Libertador cuando en carta dirigida desde Guayaquil a Patricio Campbell el 5 de agosto de 1829 afirmó que "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad".

Aunque respetuoso de la ley y del orden constituido, la igualdad que proclamó Bolívar en lo interno y en lo externo tenía el categórico acento de una rebeldía contra la pasividad de los códigos.

En las sociedades humanas, ya sean nacionales o internacionales, el hombre suele manifestarse como un lobo para el hombre, según el concepto magistral de Hobbes, pues en el juego de los intereses la desigualdad en vez de disolverse se acentúa. De consiguiente, para Bolívar la igualdad no podía estar en el frío, calculado e impersonal enunciado de la ley, a menudo negado en el hecho por la ruda y escueta realidad. La igualdad entre hombres y pueblos no podría desenvolverse en una simple relación entre iguales, sino entre desiguales. Por eso Bolívar atribuyó al Estado la obligación de dar en beneficio social más al que menos tiene, orden a elevarlo al plano del que tiene y restablecer así el equilibrio del poder. Por eso también habló de una moral internacional, que impone a los Estados poderosos la obligación de respetar y ayudar a los Estados débiles, o al menos no explotarlos.

Antes de que poderes extraños encubiertos, pero secretamente confabulados, trataran de llenar el vacío de poder que se produjo en la América con el retiro de España al término de la dominación colonial, Bolívar concibe la idea de congregar en un Pacto de Confederación a las antiguas Colonias para darles entidad en el orden internacional, negociar en igualdad de condiciones con los grandes centros de poder y erigirse en fuerza determinante en ese mecanismo complejo que con acierto singular denominó el equilibrio del universo.

En mi opinión, en este orden de ideas Bolívar se anticipó a los pensadores contemporáneos, uno de los cuales el Maestro Leopoldo Zea, en erudita disertación pronunciada en el Paraninfo de la Uni-

versidad Central de Bogotá, afirmó que de acuerdo con las nuevas corrientes filosóficas los hombres no somos iguales, porque tengamos las mismas opciones u oportunidades, sino precisamente porque somos distintos. De donde se concluye que mientras no se nos respete en lo que somos, no habrá ni igualdad, ni justicia, ni orden, ni paz, ni libertad, es decir, todo cuanto imprime dignidad a la persona humana.

Del mismo modo mientras exista la pretensión de dominio por parte de algunas potencias y no se respete nuestra identidad, ni nuestra cultura, ni nuestros recursos naturales y humanos, tampoco podrá hablarse con propiedad de igualdad internacional. Por ello no deja de parecer una farsa la idea de promover una reunión de Estados para diseñar el nuevo orden económico internacional, si previamente no se le da categoría de norma al principio de que la igualdad consiste exactamente en el respeto al derecho de los débiles por parte de los poderosos.

Ante el panorama de desolación que nos ofrece la perspectiva histórica, no podemos menos que exclamar que si se hubiera transitado el camino que señaló Bolívar, muchas frustraciones se habrían evitado, muchas injusticias se habrían corregido y los pueblos de la América no anglosajona no estarían padeciendo el subdesarrollo y la dominación que los subyuga

Aunque tarde, se impone un retorno a Bolívar, a la dinámica de su pensamiento y de su acción a través de la divulgación y práctica del HUMANISMO BOLIVARIANO, doctrina que proponemos como una estrategia sociológica, jurídica y política para el cambiante mundo del Siglo XXI que, como prolongación del presente, ya se perfila bajo signos de inequidad e injusticia.

El HUMANISMO BOLIVARIANO procura y desarrolla una filosofía del cambio en todos los órdenes de la actividad social. Arranca del planteamiento sociológico hecho por Bolívar, según el cual no somos europeos ni americanos, sino una especie intermedia, un pequeño "género humano"; promueve luego la búsqueda de la identidad del ser social Latinoamericano, su conocimiento pleno y recíproco para cuantificar luego sus peculiares valores y transformarlos en energía integradora que en lo interno induzca al cambio social y económico y en lo externo, formalice la unión consciente de todos los pueblos del área en torno a principios de libertad, justicia e igualdad.

Al propugnar por un nacionalismo latinoamericano, fundamentado en la libertad, el conocimiento y la comprensión entre los pueblos se busca a la vez rescatar la propia identidad y procurar esquemas de interrelación que garanticen la independencia, la co-existencia pacífica, la integridad territorial, el orden, la igualdad y la justicia social, que deben ser los ingredientes básicos de una integración en la libertad por las vías de la educación y la cultura como un gran movimiento horizontal de solidaridad de pueblo a pueblo.

Integración, que según el esquema bolivariano, debe plantearse en términos de buscar la unidad, dentro de la diversidad y respetando la integridad de cada uno de los componentes. Se trata pues de un cambio social, que se prospecta en lo nacional e internacional, a nombre de Bolívar y sobre los patrones culturales e intelectuales formulados por él, quien se caracterizó como REFORMADOR cauto y previsor que desconfiaba igualmente de quienes decían defender la tradición para amparar unos intereses y de quienes proponían la destrucción de todo lo existente para luego instaurar un nuevo régimen, pero al servicio de otros intereses, que generalmente no son los de la República.

Francisco Pividal en su magistral ensayo "BOLIVAR intelectual" (*Hojas Universitarias*, - Universidad Central - Volúmen II, No. 11), exalta "a quien como estadista funda naciones, establece sistemas de gobierno, organiza congresos continentales, desarrolla una ética política y sienta las bases del Nuevo Derecho Americano" y califica a Bolívar como genuino creador de cultura al considerar que "la independencia nacional de los pueblos es el primer acto de cultura que debe realizar el hombre".

Lo anterior indica que Bolívar no solo ejerció un magisterio político trascendental, por cuanto agitó ideas, plasmó instituciones, diseñó prospectos de unidad en la libertad, creó una moral internacional e imprimió a sus incursiones en el campo social un marcado acento de justicia e igualdad, sino que diseñó patrones culturales tan reacios y definitivos que puede afirmarse que la Carta de Jamaica es un tratado de sociología americana, el Discurso de Angostura una sabia lección de Derecho Constitucional, sus instrucciones para la educación de su sobrino Fernando un manual de pedagogía digno de Pestalozzi o Montessori, el mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia un curso de ética, su carta de Lima a José Antonio Páez, de 6 de mayo de 1826, una lección de dignidad y la mejor apología de su gloria. La Última Proclama, en fin, exhibe

simultáneamente el acento de la reconciliación consigo mismo y la majestad del silencio ante las heridas restañadas y las injurias olvidadas.

Semejante cuadro de luces y sombras nos hace pensar que si el egoísmo, la pasión mezquina, las ambiciones caudillistas no hubieran interrumpido la parábola vital de este hombre extraordinario, otro habría sido el destino de América y entonces José Martí no habría tenido que hacer aquella dolorosa invocación del Héroe, que hoy es a la vez plegaria y profecía: "Está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies: porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy, porque Bolívar tiene que hacer en América todavía".

Y el ilustre Rector de la Universidad Central de Bogotá, doctor Jorge Enrique Molina, en su estudio BOLIVAR revolucionario y educador (*hojas Universitarias* Volumen II, No. 14) refuerza nuestra tesis en torno a la universalidad y el humanismo en la acción y en el pensamiento del Libertador, cuando plantea la necesidad "de rescatar la imagen de Bolívar, no como fundador de un partido, sino como símbolo nacional latinoamericano, figura mundial revolucionaria, humana, demócrata y progresista" y categóricamente concluye que "La Carta de Jamaica es la antítesis de la actual filosofía de la O.E.A. y el Pacto Andino la refutación de la Doctrina Monroe".

Tan agudas reflexiones nos permiten afirmar que el nacimiento, las victorias, las ejecutorias políticas y diplomáticas y la muerte de Simón Bolívar, han dejado de ser conmemoraciones locales para trascender a la categoría de acontecimientos universales

El Viejo Mundo, tan refinado en sus costumbres, tan celoso de sus tradiciones, tan ufano de sus instituciones, tan arrogante en sus concepciones ajeno ya al pesimismo de Hegel, se está acostumbrando a ver en el pensamiento de Bolívar una fuente de inspiración permanente, en su ejemplo heroico descubre una lección de sacrificio y en su desprendimiento identifica el rasgo de grandeza que lo eleva sobre los grandes conquistadores de la historia. No en vano la ilustre Universidad de Sassari viene trabajando con discreción y eficacia ejemplares en la conformación de la que ha de ser obra monumental del bolivarianismo: EL LEXICO CONSTITUCIONAL BOLIVARIANO.

Frente a su trayectoria heroica y ante sus grandes condiciones humanas nos atrevemos a afirmar que Bolívar es faro y guía, pues ante la crisis de los valores sociales se perfila como el auténtico caudillo e ideólogo del Siglo XXI y su evangelio de paz, justicia e igualdad se hace esperanza tangible para cuantos a dos siglos de su nacimiento aún padecen miseria, opresión e ignorancia.

Todo movimiento político, social o económico que emerge en Latinoamérica se inspira directa o indirectamente en Bolívar. Para gobernantes y gobernados, filósofos e historiadores, sociólogos y economistas, estadistas y letrados, tácticos y estrategas, el pensamiento bolivariano constituye un venero inagotable, una cátedra pródiga en ideas para estabilizar las instituciones, reducir las tensiones sociales, humanizar las relaciones entre pueblos e individuos y asegurar aquella meta ideal que prefijó desde Angostura, cuando definió como el mejor sistema de Gobierno "aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Si Bolívar dio genuina identidad de patria a las naciones por él libertadas, si a través del pacto de Confederación pretendió que por obra de la voluntad ciudadana una sola fuera la patria de los americanos, tenemos que aceptar que con su obra y con su ejemplo rectificó el concepto romano de patria haciéndolo extensivo no solo a la tierra de los padres, sino esencialmente a la tierra de la libertad, es decir, a cualquier pedazo del Universo Mundo donde el hombre pueda vivir con dignidad, respetado y libre.

Tomar conciencia de que el pensamiento de Bolívar ya adquirió contornos universales y transferir sus prospectos de unidad al empeño de lograr la integración en la libertad, entendida como principio social y de solidaridad entre los pueblos de América Latina, es humanizar a Bolívar y proyectarlo en su América en la dimensión de una vivencia efectiva para reivindicar la práctica del principio moral en lo público y en lo privado, restaurar la fe en las instituciones republicanas, devolver su jerarquía a los valores permanentes del espíritu y la cultura y reconstruir la sociedad actual sobre aquel olvidado precepto de que el hombre es la medida de todas las cosas.

Se hace urgente retomar el ejemplo de Bolívar como arquetipo de nuestra conducta social, universitaria y familiar, si queremos en verdad restañar las heridas de la patria y coadyuvar en la satis-

facción de las crecientes y lacerantes necesidades de las enormes masas de desposeídos, que pululan en los cinturones de miseria que rodean las desdénosas e insensibles urbes metropolitanas.

Y por cuanto el rasgo primordial y permanente en la acción y en el pensamiento de Simón Bolívar es la UNIDAD, expresada bajo signos diferentes a través de su accidentada vida, pues fue prometeica en San Jacinto, Cartagena y Angostura; heroica en Boyacá, Carabobo, Bomboná y Junín; premonitoria en Trujillo, Jamaica y Panamá, estoica en Pisba, Casacoima, Pativilca y San Pedro Alejandrino, troquemos la fecunda lección de su vida sin ejemplar en un poderoso movimiento de integración por las vías de la educación y la cultura. Y con ese formidable instrumento de transformación social quebreemos los complejos del subdesarrollo, eliminemos las profusas manifestaciones de la dependencia y aseguremos para nuestros compatriotas de la América de Bolívar y Martí los bienes de la libertad, dentro de un amplio concepto de justicia social y sin menoscabo de la dignidad que imprime a la persona el ser miembro de la especie humana.

BIBLIOGRAFIA

Bolívar Simón: **Itinerario documental de Simón Bolívar**. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1979.

Molina M., Jorge Enrique.

"Bolívar revolucionario y educador" **Hojas Universitarias**, Vol. II No. 14. Bogotá, Universidad Central, 1982.

Pividal, Francisco.

"Bolívar intelectual" **Hojas Universitarias**, Vol. II, No. 11 Bogotá, Universidad Central, 1982.

Rivadeneira Vargas, Antonio José. **Historia Constitucional de Colombia**. Bogotá, Editorial Horizontes, 1978.

"Revolución y dictadura en la acción y en el pensamiento del libertador". **Revista Sociedad Bolivariana de Venezuela**, No. 122. Caracas, 1979.

colombia al Libertador. Bogotá, Comp. Colección Presidencia de la República, 1980.

"Bolívar, integración y libertad" Tiempo Americano. Bogotá, 1981

"El panamericanismo, antítesis de la integración bolivariana". Revista **Nuestra América**, No. 1. Tunja, 1982.

Zea, Leopoldo. **Bolívar, integración en la libertad** México, Editorial Edicol, 1980.

Latino América un nuevo humanismo, Roma en el pensamiento de Bolívar. Tunja, Editorial Bolivariana Internacional, 1982.

"Bolivarismo frente a monroísmo". **Hojas Universitarias**, Vol. II, No. 14. Bogotá, Universidad Central, 1982.

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA. Abogado, profesor de teoría de la cultura en América Latina y cátedra bolivariana en la Universidad Central, presidente de la Federación Mundial de Academias Bolivarianas.